

de la Morea. Su peticion fué acogida, pero Venecia perdió bien pronto sus posesiones de ultramar. Replegándose sobre sí misma, no olvidó á sus huéspedes de Oriente; les concedió generosa y perpétuamente la isla de San Lázaro para su retiro. ¿Qué hacen en esta soledad colocada sobre las fronteras de los dos mundos? Ruegan por su patria, transmiten la fe, única esperanza de la Arménia, á los jóvenes compatriotas que les envían y que á su vez la comunican á los demas; beben en las fuentes del Occidente la ciencia que revisten con el traje arménio para enviarla á Oriente; luego nos dan los monumentos de la ciencia oriental, que hacen accesibles traduciéndonlos á las diversas lenguas europeas; tal es su mision. Si pues Venecia no tiene el poder de rechazar por las armas á la barbarie musulmana, conserva la gloria de combatirla por las luces de la ciencia y de la fe.

El abad, que hablaba muy bien frances, vino á recibirnos. Nos condujo desde luego á la iglesia, que es pequeña, pero perfectamente puesta. Los religiosos estaban en el oficio; allí encontramos con gusto el rito y el traje lleno de dignidad que habíamos admirado en la Propaganda. Acabado el oficio fuimos rodeados por los buenos religiosos que se apresuraron á hablarnos de la Francia y á enseñarnos su biblioteca tan rica en manuscritos muy antiguos y muy raros, su bella imprenta y las diversas obras políglotas que han salido de allí. Desde la iglesia hasta el refectorio, por todas partes debimos admirar sin restriccion el orden, la inteligencia, el trabajo que reinan en aquella casa capaz de convertir al enemigo más obstinado de las instituciones monásticas.

El tiempo habia huido, y cuando salimos de San Lázaro, los últimos resplandores del dia iluminaban las aguas agitadas de las lagunas. Venecia, el palacio

ducal, la iglesia de San Márcos, el Arsenal y el Lido comenzaban á recobrar los sombríos velos bajo los cuales los habíamos encontrado cubiertos cinco dias ántes. La *gondola corriera* nos esperaba con sus gondoleros vestidos de amarillo, para trasladarnos á Mestre. Eran las ocho de la noche.

Durante la travesía fuimos testigos de un curioso fenómeno: la fosforescencia del mar. Cada golpe de remo dejaba despues de sí una larga lista de fuego que disipaba las tinieblas en que volvíamos á caer un instante despues; el mismo espectáculo continuó dos horas enteras. ¿Cuál es su causa? ¿debe atribuirse, como lo quieren algunos sabios á la agitacion de pequeños animalillos dotados de la misma propiedad que los gusanos de luz? ¿puede la electricidad tomar para sí la gloria? Esperando las resoluciones de la ciencia, el viajero cristiano gusta de contemplar otro espectáculo que para la poderosa ciudad fué el último y brillante rayo de su gloria. La vista del Adriático le trae vivamente su recuerdo.

El poder otomano, enardecido por la toma de Constantinopla, habia llegado á ser más temible que nunca. Miéntras sus ejércitos amenazaban el Norte de la Europa, sus flotas invadian las islas de la Grecia, y llevaban una despues de otra los puntos avanzados de la civilizacion; la cruz retrocedia ante la media luna. El gran pontífice Pio V desde las alturas del Vaticano ha visto el peligro. Como centinela vigilante arroja el grito de alarma; la Europa meridional oye su voz. Una flota de doscientas treinta y ocho velas se reúne en Messina bajo el mando de Don Juan de Austria.

Venecia cuenta por su parte ciento veinticinco navíos. En el momento de levar anclas, todo el ejército se confiesa; se aleja todo lo que pudiera ser ocasion de

15 DE ABRIL.

Trevisa: Recuerdos de Benedicto XI y de Totila.—Vicenza: Teatro olímpico.—Madona del Monte.—Montebello, Arcola: Recuerdos.—Anécdota.—Verona: Anfiteatro.—Recuerdos del emperador Filipo y de Pio VI.—Grandes hombres.—Catedral.—San Zenon.—Milagro.—San Firino.—Lago de Guardia.—Rivoli: Recuerdo.—Rasgo de valor.—Peschiera, Attila, San Leon: Desengaño, la B. Angela Merici.—Brescia: Estatua de la Victoria.—Catedral.—Dos reliquias.—Mártires.—San Gaudencio.—Fuentes.—Recuerdo de Bayardo.—Bérgamo: Edificio de la feria.—San Alejandro.—Santa Astéria.—Santa Eusebia.—Santa Grata.—Grandes hombres.—Colleoni.—Repertorio.—Paso del Adda.—Vaprio.

Era noche cuando pasamos á Trevisa. No pudiendo ver sino imperfectamente las riquezas de aquella ciudad, nos contentamos con llamarlas á nuestra memoria y saludar á los personajes que la han hecho famosa. La catedral, construccion gótica del siglo décimoquinto, interesa no tanto por sus admirables capillas de los Lombardos, sus soberbios mausoleos del Papa Alejandro VIII, canónigo de esta iglesia y del obispo Zanneti, sus cuadros de Bardone y su magnífica Anunciacion del Ticiano, cuanto por su crypta de San Riberl, vasta iglesia subterránea en la cual descansa, desde hace siglos, el cuerpo del héroe cristiano, modelo y protector de la ciudad. San Nicolás desde principios del siglo décimocuarto, recuerda á la vez el poderoso génio de Santo Domingo y las liberalidades del Papa Benedicto XI. Este pontífice es una de las dos grandes figuras que parecen esperar al viajero á las puertas de Trevisa. Nicolás Bocasini, hijo de un pastor, entró de buena gana en la orden de Santo Domingo, de la cual fué general. Como nuncio, como cardenal,

pecado; se prohíbe la blasfemia bajo la pena de muerte; el nuncio apostólico bendice solemnemente la flota; y aquellos millares de valientes, seguros con la proteccion del cielo, hacen velas para Oriente.

No es el espectáculo de que acabo de hablar, ni el resultado de la expedicion que fué la victoria de Lepanto, es decir, la más grande victoria naval que se ha alcanzado alguna vez, lo que más me llamó la atencion en aquel recuerdo solemne, sino los nombres de los navíos que componian la flota cristiana. Ellos muestran más elocuentemente que los ejercicios religiosos del valiente ejército, el espíritu que entónces dominaba las ideas y los hábitos generales de la Europa. He visto la lista de todos los navíos españoles, genoveses y venecianos que combatieron en Lepanto; todos llevan nombres de santos ó de santas, algunos pocos nombres nacionales, ni uno solo el nombre de una divinidad pagana. ¿Qué dirian aquellos bravos marinos si volviendo al mundo viesan á las naciones disfrazar casi todos sus navíos con nombres paganos, y en vez de poner sus flotas bajo la invocacion de todos los santos y santas del Paraíso, confiarlos al patrocinio de los dioses y de las diosas del Olimpo. Esta repugnante costumbre contra la cual reclaman igualmente el buen gusto y la religion, seria para ellos, como es para todo observador reflexivo, una señal demasiado cierta de la tibieza de la fe y de la invasion del paganismo en la Europa cristiana desde fines del siglo décimosexto. No era inútil recordar esto á los optimistas que pretenden que las tendencias de los tiempos modernos son tendencias eminentemente cristianas.

¹ Todos los navíos turcos llevan los nombres acionales.

como legado *a latere* y como Papa bajo el nombre de Benedicto XI, fué el bienhechor de la Europa y el apóstol de la concordia. Pacificó la Francia y la Inglaterra, la Ungría, Venecia y Pádua, la Dinamarca y la Italia. Trevisa debia al mundo una compensacion semejante. Al lado de la dulce y radiante figura del pontífice, aparece la del feroz Totila, aquel otro hijo de Trevisa que llevó la guerra por donde quiera que pasó, desoló la Italia é hizo dos veces el saqueo en Roma.

El viajero que se dirige á Milan, algunas horas despues de haber dejado la antigua *Tarvanum*, encuentra á Venecia. Esta ciudad de ocho mil almas, situada en una posicion ventajosa, atravesada por dos rios y esmaltada toda de iglesias y de palacios, recuerda al mismo tiempo á los Galos-senoneses que la fundaron, á los Romanos que la tomaron, á Alarico y á Attila que la saquearon, á Federico Barbaroja, luego á Napoleon, quienes sucesivamente hicieron su conquista. ¡Singular destino de la Italia! No hay una ciudad de aquel país providencial que no haya sido teatro de algunos de aquellos grandes acontecimientos de que se compone la trama general de la historia. Esto se refiere á que la antigua Ausonia fué el más brillante satélite de Roma, astro inmenso que arrastra á todos los demás en su órbita. En medio de tantas revoluciones, Vicenza ha conservado el amor á las artes y el culto filial á María. El rey de la arquitectura moderna, Palladio, ha sembrado en su ciudad natal las creencias de su génio. Además del palacio de Justicia, la *Ragione*, cuya gran sala recuerda el salon de Pádua; del *Capitano*, de Chievicati, de Barbarano y de Franceschini, en donde los diferentes estilos reunen sus bellezas, sus riquezas, se cita el Teatro Olímpico, aquel vasto edificio cuya gran sala rodeada de catorce hileras de peldaños, presenta un diámetro

interior de ciento dos piés por una altura de cincuenta y dos encima del pavimento. Quien no haya visitado los teatros de Herculano y de Pompeya puede verlos en Vicenza.

La catedral, de estilo gótico, presenta una crypta muy curiosa y una bella *Adoracion de los Magos*, de Paulo Veronés; pero lo que atrajo nuestra atencion, fué la *Madona del Monte*. En las puertas de Vicenza se levanta un arco de triunfo que se debe al génio de Palladio. Este monumento, *obra maestra de las bellas proporciones*, sirve de vestibulo al Pórtico ó camino cubierto que conduce al santuario de María. Esta galería, semejante á la de Bolonia, tiene una milla de longitud; serpentea graciosamente sobre los lados llenos de verdor de una colina, y comenzando por un arco de triunfo, se termina por una magnífica iglesia. Desde lo alto de su templo aéreo, la Reina de los Angeles y la Madre de los hombres, la dulce Mediadora entre el cielo y la tierra, domina á lo léjos á la ciudad vicentina y á las pobladas campiñas que la rodean.

De todos los puntos del horizonte la vista percibe el brillante santuario, y nos fué dulce contemplar á los numerosos peregrinos á quienes el reconocimiento y el amor conducian al pié del trono de aquella que nunca fué invocada en vano. La estatua de María es una obra griega de gran mérito artístico; brilla en medio de pedrerías, de dorados y de obras maestras: doble homenaje de la piedad y del talento. Se siente uno enternecido á vista de la bella composicion de Carpioni, que representa la Esperanza introduciendo al santuario de María á una multitud de pobres, de mujeres y de niños. En el refectorio del convento, inmediato á la iglesia, está otra obra maestra debida igualmente á la inspiracion cristiana; esta es el maravilloso cuadro de Paulo Veronés, que re-

presenta al Hijo de María bajo los vestidos de un viajero sentado en la mesa de San Gregorio. ¡Honor, pues, al santuario de Monte-Berico! Jesus y María, el padre y la madre del mundo regenerado, están allí representados ejercitando los actos de bondad y de caridad que traducen tan perfectamente el espíritu del Evangelio.

Continuando en atravesar las ricas campiñas del Vicentino, tan justamente llamadas el jardin de Venecia, el camino, unido como un espejo, conduce á la aldea de Montebello. No es aquí, como dice un viajero, donde el mariscal Lannes conquistó su título histórico. El Montebello, teatro de su gloria, es una aldea situada á algunos kilómetros de Voghera en los Estados santos. El ilustre guerrero, á la cabeza de un puñado de valientes, derrotó allí á una columna austriaca el 8 de Junio de 1800, seis dias ántes de la batalla de Marengo.

Pero saludamos bien pronto en el gran camino, otro lugar, teatro real de un glorioso combate. El Alpon y el Adige que corren en la llanura; Arcola y su puente célebre se dibujaban á lo léjos. Cuando se pasa por allí, parece oirse todavía el ruido de aquel cañon republicano que hacia bambolear á la Europa; se ve á Augereau y á Napoleon, tomando sucesivamente una bandera acribillada de balazos, adelantándose á la cabeza de granaderos muy selectos, sobre las baterías austriacas, sin llegar á tomarlas. Se asiste, por decirlo así, á prodigios de valor; luego no se ven más que torbellinos de un humo salitroso; la tierra ha desaparecido bajo montones de cadáveres; en fin, se oye la caída de muchos millares de valientes, que caen desde la altura del puente en el fango sangriento de las lagunas. El intrépido Bálíard la ha salvado dos veces; en un cuarto de hora, ha decidido dos veces la suerte de la Europa.

La mañana del 17 de Noviembre se ganó la batalla, pero todos están rendidos de cansancio y se entregan al reposo. Solo Napoleon no duerme; vela por la seguridad de sus legiones. Le vemos en la noche del 17 al 18, recorrer su campo bajo el uniforme de un simple oficial, para ver por sí mismo si el exceso del cansancio no disminuye la vigilancia de los centinelas; ve á uno dormido en su puesto. Violentamente se acerca sin hacer ruido, detiene su respiracion temiendo despertarle, le toma suavemente su fusil y sigue ocupando el puesto. Al cabo de algunos instantes el soldado despierta, abre los ojos y exclama espantado: *¡Soy perdido!* En efecto, las leyes de la disciplina autorizan á Napoleon á atravesarle el cuerpo con su espada. *Tranquilízate*, le dice con dulzura el general en jefe, *despues de tantas fatigas, es permitido á un valiente tal como tú, abandonarse al sueño; pero otra vez elige mejor tu tiempo.* Como monumento de la batalla de Arcola queda una pirámide medio arruinada.

Nada tan gracioso como el paisaje de Montebello en Verona. El camino está limitado por canales en donde corre dulcemente una agua límpida y el campo está cubierto de morales. Por todas partes se levantan emparrados colosales que pasando de un árbol á otro forman guirnaldas de verdor cuyo aspecto encanta la vista, mientras una cadena continua de pequeñas montañas muy bien cultivadas extiende el horizonte hasta los Alpes tiroleses.

Verona, ciudad de guerra, de ciencia, de piedad, nos enseña sus formidables baluartes, su bastion de España, sus bellos puentes sobre el Adige, sus anchas calles, la plataforma que era de su anfiteatro el mejor conservado de Italia y las cúpulas lanzadas á los aires de sus numerosas iglesias.

1 Véase "Trofeos de los Ejércitos Franceses," t. III, p. 151.

Aunque haya inclinado su noble cabeza bajo veinte cetros diferentes, la hija de los Galos ha permanecido francesa de carácter y de corazón. Escribe nuestro idioma en sus tiendas, lo habla en sus salones, mientras que la Austria, después de una dominación de treinta años, no habla allí sino un idioma incomprensible, prueba evidente de que el vencedor no ha impuesto todavía su pensamiento al vencido.

Nuestra primera visita fué al anfiteatro. Allí encontramos la miniatura perfectamente intacta del Coliseo; la misma disposición, la misma costumbre, los mismos recuerdos. El magnífico edificio que data del reinado de Trajano está edificado con gruesos trozos de mármol cortados en cuadro; cuenta cuarenta y cinco hileras de peldaños y contiene veintidos mil lugares. En sus cercanías fué muerto el emperador Filipo, el Arabe, y el cetro del mundo pasó á manos del cruel Décio su asesino. Este recuerdo os asalta, por decirlo así, al acercaros al monumento, porque el asesinato de Filipo hizo un gran peso en los destinos del imperio, cuya caída precipitó dándole un tirano más, y á la Iglesia uno de sus más violentos perseguidores; este asesinato fué cometido en 249. Quince siglos más tarde, al pasar Pío VI á Verona, bendecía desde lo alto del sangriento anfiteatro á veinte mil cristianos triunfantes en el lugar mismo en que sus padres habían combatido.

Al dirigirnos del anfiteatro á la catedral, saludamos á los grandes hombres que ha producido Verona. Cátulo, Cornelio Nepote, Plinio el mayor, San Micheli, el sabio marqués Scipion Maffei, Paulo Veronés, Bianchini, los ilustres hermanos Ballerini, Onufro Pindemonte, forman la inmortal aureola de la ciudad que les dió el sér. Verona no brilla solo por sus ilustres muertos; prede todavía presentar glorias contemporáneas. Tuvimos mucho gus-

to en ser recibidos por el venerable abad Zamboni, célebre en la Europa sábia por la invención de la pila seca aplicada á los relojes. Si la dulzura de carácter, la modestia del porte, la sencillez de la palabra, la amenidad de las maneras, son otros tantos caracteres incommunicables del verdadero mérito, yo afirmo que el ilustre físico es un grande hombre.

Antes de entrar á la catedral echamos una mirada á la biblioteca del cabildo, la verdadera biblioteca de Verona. Fué fundada el año 850, es rica en manuscritos, de los cuales muchos se remontan al siglo cuarto. Petrarca encontró las *Epistolas familiares de Ciceron*, y el cardenal Mai los *Antiguos intérpretes de Virgilio*. Pero el más célebre descubrimiento es el de las *Institutas de Gayo*. Hacia el año 1820, un diplomático danés, Niebuhr, reconoció aquellos manuscritos cubiertos con el polvo de los siglos. Dió con un *palimpsesto* pergamino de grande y buen papel y notó desde luego que á la primitiva escritura se habían agregado las *Epistolas de San Jerónimo*; y entre estas dos copias se habían intercalado algunas meditaciones del mismo doctor. Habiendo hecho desaparecer después de haberlas copiado, las escrituras agregadas encima, llegó al texto primitivo; este texto era el de las *Institutas de Gayo*. Gayo, jurisconsulto célebre, contemporáneo de Marco Aurelio, completa el Derecho Romano haciéndonos conocer las doctrinas de los jurisconsultos anteriores á Justiniano y á Teodosio. Su manuscrito está muy bien escrito y muy bien conservado; solo la operación de la raspadura ha quitado muchos miembros de frase cuya restitución ejercitará largo tiempo la paciente sagacidad de nuestros profesores de Derecho.

La catedral data de fines del siglo décimo. Sus mil figuras simbólicas de leones, de pájaros, de grifos, de profetas y de

guerreros ofrecen una gran cosecha al arqueólogo. La *Asuncion* del Ticiano interesa al pintor, y la grande espina de pescado, instrumento de suplicio para los mártires, guardada en la capilla de la Santísima Virgen, excita la veneración del cristiano. Verona, cuenta, en efecto, un buen número de mártires, siendo los más ilustres San Zenon, San Tirmo y San Rústico. ¡Glorioso privilegio del heroísmo cristiano! el primero es todavía, después de quince siglos, perfectamente popular en la ciudad de que hizo tan noble conquista por la efusión de su sangre y á la cual protege por el poder de su intercesión. El reconocimiento de los Veroneses celebra cada año tres fiestas en su honor. La primera tiene por objeto su NATIVIDAD; la segunda su ordenación, y la tercera la traslación de sus reliquias. Antes de ser honrado en la iglesia actual, descansaba el cuerpo del glorioso pontífice en una antigua basílica á orillas del Adige, extramuros de Verona. En 589, la antigua iglesia fué testigo de un brillante milagro que San Gregorio refiere en estos términos:

«Mientras el Tíber, desbordado, cubría con sus aguas una parte considerable de Roma, la ciudad de Verona fué sumergida por el Adige. El pueblo corrió en masa á la iglesia de San Zenon; se vió que las aguas respetaron las puertas y se elevaron á la altura de las ventanas sin entrar en la iglesia, quedando suspendidas como las del Jordán al pasar los Israelitas. El pueblo permaneció veinticuatro horas en oración, y después de esto el río volvió á su cauce.» Este milagro de que fueron testigos oculares todos los habitantes de Verona, unido á muchos otros que tuvieron lugar después, aumentó mucho la veneración que ya se tenía al santo. 1

Siguiendo los pasos de tantas generacio-

1 Dialog., lib. III c. 19.

nes, fuimos á rendir nuestros homenajes al inmortal Pontífice. Todo lo que el arte y la piedad pueden producir de bello, de tierno, se encuentra reunido para embellecer su iglesia y su sepulcro. La iglesia, monumento del siglo nono, presenta sus puertas de bronce cubiertas de figuras simbólicas, la estatua del santo de mármol rojo, la luz tenue y el piadoso recogimiento de los santuarios góticos y románticos. Este merece ser estudiado, porque se ha escapado de las desolaciones de las restauraciones. La crypta en donde descansa el santo mártir atestigua, por su riqueza, la piadosa liberalidad de los fieles. Nos hubiera sido muy agradable visitar como artistas y como cristianos, si el tiempo nos lo hubiera permitido, las otras iglesias de Verona, tan numerosas, tan magníficas y tan ricas en recuerdos. Nuestra última estación fué en *San Firmo*, antigua iglesia, célebre por sus sepulcros de los Turriani, los Hipócrates de la Italia en el siglo décimosexto, y de los Alighieri, descendientes del Dante. Allí descansan los restos preciosos de los santos Firmo y Rústico, nobles hijos de Verona, martirizados el año 303 bajo el imperio de Diocleciano. Después de haber saludado aquellos gloriosos testigos de nuestra fe y á los veintitres obispos Veroneses, colocados en los altares del mundo católico, y á todas sus generaciones de vírgenes, gloriosas hijas nacidas de la sangre de los mártires, dimos un último adiós á la ciudad de las Galias, prometiéndole una segunda visita para estudiar sus museos, su biblioteca capitular y sus obras de caridad. ¡Plegue al cielo que nos sea dado cumplir algún día nuestra promesa!

Al acercarnos al lago de *Guardia*, uno de los más hermosos de Italia, saludamos á la derecha, sin contemplarlo detenidamente, el campo de batalla de Rivoli. El eco de las montañas parecía traerlos la